

## «NOVELARIO DEL 1900», de *Lautaro García*

Lautaro García ha recorrido con moroso deleite un viejo camino de recuerdos. Su corazón de artista ha ido a buscar en los rincones del pretérito las suaves imágenes que en dulce evanescencia se habían ido des- tiñendo como en un lento atardecer. Lautaro García es un poeta y su sueño nostálgico lo ilumina con el vi- vo colorido de su amorosa evocación. Arden entonces sus pupilas y el tiempo pasado, las gentes de esos días cobran en su imaginación una cálida simpatía. Es como si a cada instante estuviera diciendo: ¡Quién pudiera vivir el tiempo que se fué! Una maravillada sensación de dicha, de dulzor recóndito le sale en cada palabra y su prosa comienza a henchirse como las ve- las de una barca que pone su proa hacia el misterio de las lejanías, mientras el sol las traspasa de poesía.

Se siente un verdadero deleite leyendo estas crónicas sabrosas en su sazonada gracia reminiscente. Uno se queda con el libro en las manos como si oyese el ru- mor del tiempo, como si las voces que un día le arru- llaron se hicieran presentes, como si el escenario ad- quiriera de súbito tan vivo e inusitado relieve que pa- rece estar viviendo de nuevo, horas de juventud. Como si en una especie de jubiloso estado onírico fuera recorriendo las etapas de una vida que ahora sólo vive en el corazón emocionado de un artista, que sabe darnos un placentero sacudón, en lo íntimo, para que las más ocultas raíces sentimentales adquieran una nueva vitalidad, un encantado soplo de eternidad.

Acaso quien no alcanzó a conocer esos días que evo- ca Lautaro García en su libro de fascinadora lectura, no alcance a sentir tan intensamente esta milagrosa

sensación de supervivencia que a nosotros nos provoca. El alma se nos transforma en un espejo de sensaciones, que se vierten en nuestro corazón con todo su auténtico y grato perfume. Santiago, la ciudad de esos días de la infancia, vuelve a desfilar ante nuestra mirada ansiosa, con sus tipos populares, con sus costumbres, con sus escenas callejeras. La ciudad lenta, con sus coches lujosos, con sus caballos piafantes, que se arrullaba con sus pregones antes de dormirse por las noches, surge en mil detalles. El barrio de la Recoleta por cuyas aceras sombrosas se paseaban los enamorados, respiraba un aire provinciano, una quietud que podía hacer pensar en Chillán o en Talca. Y a esa hora del atardecer, cuando no rodaba sobre el pavimento, como ahora, un río de pesados vehículos estridentes, era posible oír la poesía de las campanas llamando a la oración. Era el pueblo, injertado en la ciudad grande que se extendía, entre murallones convencionales, o cercos por encima de los cuales se asomaban curiosamente las ramas de los árboles, evocando un pasaje de novela blestganiana.

Hijo de un militar que recorrió Chile, llevando a su familia para vivir con ella en las guarniciones que le tocó desempeñarse, García de súbito nos sorprende con alguna bella estampa del sur o del norte, dándole con certero instinto un carácter de mayor amplitud a su libro evocador. ¿Hay alguien de esos años que no recuerde los restaurantes del trayecto en ferrocarril y las pintorescas incidencias de los viajes de esos años? ¡Rancagua! Veinte minutos para almorcázar. La gente descendía apuradísima y todos comían con la vista fija en el conductor que impasible comía despaciosamente. Era el único que almorcaba tranquilo. Y cuando todos creían que el conductor estaba allí, resultaba

que el conductor se había marchado, y que los ayudantes gritaban desde el andén: ¡Señores pasajeros, al tren!

Pero no hay duda alguna que en donde la fuerza evocadora que hay en este libro de Lautaro García se manifiesta en su más envolvente fascinación, es al pintar escenas de Santiago. En la «Biografía del manto», por ejemplo, encontramos detalles que realmente causan asombro por la fidelidad del recuerdo captado por la sensibilidad de un niño. Las frases intencionadas, las prendas de vestir y la forma de usarlas, se entremezclan con la gracia del decir picaresco, o con la descripción de momentos de vida que ya no se volverán a reproducir, pues pertenecen a una época que ya murió, a circunstancias y necesidades que ya no existen.

En «una ficha negra y otra colorá» está toda la levadura popular, la sal y pimienta del pueblo en esos días. Los usos y costumbres engendran situaciones tan diversas, que sólo el haberlas vivido no dará la idea exacta de tales diferencias. Y estas estampas las realiza Lautaro García con maestría, con esa finura del artista verdadero que no se deja llevar, por impulsos desorbitados, sino que se atiene a la realidad, a la cual siempre le infunde la magia de su arte.

Páginas llenas de colorido y emoción, que causan verdadero alborozo, son aquellas en que habla de las fiestas en la Alameda. Y luego esas cuecas que se prolongaban hasta las primeras horas del amanecer. Lautaro García guardaba en su corazón de escritor todas esas imágenes que le conmovieron cuando era un niño. Alguna vez pasó por el Portal Edwards y con su intuición de artista pudo adivinar lo que tenía de carácter ese rincón santiaguino. Ya no habíamos de

volver a conocer esas noches del Portal Edwards, con su casino y sus fiestas ruidosas. Con sus tipos raros y su ambiente de francachela. En ese Santiago, que dormía su sueño semicolonial, el Portal Edwards era como una especie de niño terrible. El chicuelo trasnochador que se roba la llave de puerta de calle y sale a la disparada, para volver cuando se insinúan las luces del alba, entre las luces moribundas de los mecheros de gas que se prendían al anochecer, cuando un pregón se alzaba para gritar con un acento desgarrado:

—¡Castaña y camote cocío...!

Lautaro García ha escrito una historia de Santiago del novecientos, una historia sensible y romántica. En ella se ven las vacas paradas en las esquinas, mientras las niñas de servir van a comprar un litro de apoyo, para la niña que está enferma de «melancolía». Era este el nombre de la neurastenia en esos tiempos. Y por sus páginas pasa el carrito del Santísimo, que hace arrodillarse en la calle a los transeúntes. Y también de vez en cuando encontramos la casa de anchos ventanales desde donde se escapan las notas de un piano, esparciendo alguna melodía de Verdi o de Rossini.

Es la historia del alma, aunque parezca cursi decirlo, de una ciudad, en una determinada etapa de su existencia. El sabor de una tarde de azul neblina, que cae sobre una calle en donde se detiene un coche americano tirado por un poderoso tronco de altos caballos Cleveland. Y de ese coche desciende una mujer elegantísima con su capa de moaré recamada de mostacillas resplandecientes. Una mano fina se asoma para decir adiós. La tarde está triste, porque el adiós y el amor, son notas románticas que tienen en un momento determinado una importancia increíble. La mano no puede

libertarse de la otra que la opprime y el fino encaje del borde de la manga, es también como un pedacito de su encanto, que se pierde muy pronto bajo la tristeza de un zaguán colonial. Lautaro García tiene un poder de evocación que se nos mete dentro del corazón como el latido de una música que oyéramos hace ya tanto tiempo... Como en el verso de Núñez de Arce o de algún otro poeta de fines del siglo.—LUIS DURAND.



«ISMOS», de *Juan Eduardo Cirlot*. Librería Editorial «Argos». Barcelona-Buenos Aires.

Hemos escrito repetidamente, en trabajos publicados sobre arte, cómo considerábamos que aquellos movimientos artísticos—los por excelencia llamados «ismos», circunscritos a un tiempo reciente y nacidos de una sana rebeldía contra un academicismo caduco y topicista—estaban superados en el tiempo y en el hacer por el arte actual del mundo. Creíamos, y así lo afirmábamos, que luego de haber cumplido su misión purificadora del ambiente artístico, de desinfectante de una atmósfera viciada, se hacía necesario abrir las cristaleras del arte y dejar que en su ámbito volviera a tomar cuerpo el aire del arte eterno. Porque no podían ser eternos esos movimientos purificadores que, si limpiaron de vicios la atmósfera artística, también la hermetizaron y cerraron sus puertas al gran público que es, en definitiva, a quien debe ir dirigida la creación del artista.

Así pensando, creemos que este «Diccionario de los Ismos», de *Juan Eduardo Cirlot*, nos llega con algunos años de retraso, si nos atenemos a su contenido y a